

El tesoro de su vida y la alegría de vivir

Miguel León-Portilla

Daré comienzo a estas palabras con una pregunta: ¿hay alguien aquí que haya servido a nuestra *alma mater*, la Universidad Nacional Autónoma de México, en forma ininterrumpida y con entrega plena a lo largo de sesenta y ocho años?

Huelga decir que no hay persona alguna que reúna estos atributos sino nuestra querida y admirada colega en cuyo homenaje estamos aquí reunidos: la doctora Clementina Díaz y de Ovando o, como familiar y cariñosamente nos dirigimos a ella sus amigos, doña Clemen. Quisiera yo ser un pintor al modo de nuestros grandes artistas del siglo XIX —siglo que ella tan honda y afectuosamente ha estudiado— digamos que como Juan Cordero, por cierto de ideología liberal como doña Clemen, para ofrecer aquí un buen retrato de ella. Un intento haré al menos al esbozar con palabras el espíritu y el rostro de esta insigne universitaria.

Es ella mujer de semblante siempre afable y de sonrisa bella y fácil. Su aspecto es inconfundible: discreta y siempre dispuesta a oír y a ayudar. De atuendo impecable, pero sin vanas elegancias, casi siempre ostenta

una gran flor en su pecho, sobre el cual pende asimismo una casi imperceptible cadena que sostiene una lupa de la que se vale para leer letras pequeñas y observar manuscritos y toda suerte de minucias.

Doña Clemen es bien conocida a todo lo largo y lo ancho de nuestra Universidad. Tiene amigos y amigas por doquier: en las Facultades de Filosofía y Letras, Odontología, Medicina, Derecho, Arquitectura e Ingeniería y, por supuesto, en el Instituto de Investigaciones Estéticas, que ha sido y es su casa, además de su vinculación con otros institutos y dependencias universitarias. Una ya larga serie de rectores y muchos funcionarios de la Universidad la conocen, la aprecian y la consultan.

Ha recorrido ella todos los niveles académicos en nuestra *alma mater*: fue estudiante preparatoriana en San Ildefonso; pasó luego a Filosofía y Letras donde obtuvo la licenciatura, la maestría y, por fin, el doctorado. Con la licenciatura dio comienzo a su vida profesional. Ha impartido clases en su antigua Escuela Nacional Preparatoria, asimismo en Filosofía y Letras y, por algunos años, transmitió también su saber a estudiantes poli-



técnicos. Son muchos sus discípulos que la recuerdan con cariño, gratitud y admiración.

En el curso de su vida, que no es otra cosa sino el tesoro de su *curriculum vitae*, sobresale su entrega a los quehaceres académicos en el Instituto de Investigaciones Estéticas. De él fue atinada directora, que supo conducir con mano suave, sabia y firme a sus colegas a lo largo de varios años. Prosiguiendo con el curso de su vida, la encontramos tiempo después como la primera mujer que fue elegida para formar parte de la Junta de Gobierno. Con ella estuve en dicha junta porque en una misma sesión del Consejo Universitario se nos confirió el carácter de miembros. Pude allí percatarme de su prudencia, sabiduría y siempre acertadas participaciones.

A otra actuación suya de enorme significación aludiré aquí. Tuvo ella lugar en ocasión de la funesta huelga que en 1999 sufrió nuestra Universidad. Cuando el doctor Juan Ramón de la Fuente asumió la rectoría, invitó a un pequeño grupo de maestros eméritos a que estuviéramos a su lado y lo auxiliáramos en busca de solución. Clementina Díaz y de Ovando, con más de ochenta años de edad, acudió de inmediato. Dio entonces amplia prueba de su entereza y amor por su *alma mater*. Bien la recuerdo en el difícil momento en que el rector hizo entrega a los líderes de la huelga de los resultados de la votación que se convocó para conocer la opinión mayoritaria de los universitarios, que se declararon decididamente opuestos a la suspensión de labores. Clementina estuvo al lado del rector. Su presencia despertó el respeto de los líderes huelguistas que tuvieron ante sí a una universitaria tan valiente y admirable.

Hoy a los noventa años se mantiene alerta y activa. Es Investigadora Emérita, miembro del Sistema Nacional de Investigadores en la categoría más alta. Da conferencias, asiste a congresos, recibe premios, auxilia a cuantos acuden a ella, prosigue en sus investigaciones sobre sus temas favoritos: figuras próceres en la literatura y la vida pública de México durante el siglo XIX.

Entre ellas están el poeta y novelista Juan Díaz Covarrubias, infamemente privado de su vida por sus convicciones liberales. También ha estudiado las obras del defensor de la república Guillermo Prieto, periodista, poeta y dramaturgo que, con la fuerza de su palabra, salvó de la muerte a Juárez cuando estaba a punto de ser fusilado en Guadalajara. Otros de los personajes que han atraído la atención de doña Clemen son Ignacio Manuel Altamirano, de estirpe náhuatl, atildado escritor y maestro, así como quien ha sido su favorito y al que se refiere con cariño llamándolo “mi Chente” o sea Vicente Riva Palacio. Bien conoce ella cómo combatió con las armas y la pluma a la Intervención Francesa y nos dejó un rico legado de creaciones literarias. Si acerca de él le pidiéramos que hablara, estoy seguro de que sería maravilloso y aleccionador escucharla.



En ésta como en otras de sus especialidades historiográficas, bien sabe aunar el conocimiento, fruto de la investigación y de la crítica, con la galanura de su prosa salpicada de anécdotas. Brotan éstas de sus labios cual si ella misma hubiera tratado al personaje del que habla. Y no me resisto a expresar que, imbuida Clementina en cuanto aportaron éstos y otros prohombres liberales de nuestro siglo XIX, ella misma se ha pensado y se ha sentido una auténtica chinaca.

Doña Clemen ha hecho además aportaciones acerca de la institución que es ésta su Universidad. El primero de sus libros versó sobre *El Colegio de San Pedro y San Pablo*, que fue de los jesuitas y ha albergado luego dependencias universitarias. Retornando a la que fue su primera morada universitaria, la Escuela Nacional Preparatoria, ha escrito sobre ella, “sus afanes y sus días” en dos volúmenes que, con la participación de Elisa García Barragán, sacó a la luz en 1972.

Demostrando ampliamente que tenía sobrados méritos para llegar a ser cronista de la Universidad hizo entrega, en ocasión del Cincuentenario de la Autonomía en 1979, de la obra intitulada *La Ciudad Universitaria en México: reseña histórica*. Para quien desee adentrarse en los antecedentes, la realización y cuanto abarca el gran recinto que nos alberga y nos hace aquí felices, no hay obra mejor que ésta de doña Clemen.

Estos y otros, no pocos libros, así como incontables artículos, ponencias y discursos, escritos con buena pluma y gracia, han enriquecido ciertamente el acervo universitario y son muy apreciados por propios y extraños. Mucho sabe ella de temas literarios referentes a México e Iberoamérica en general. Quien se atreva a dudarle puede preguntarle de tal o cual autor o tal libro por raro que sea y pronto tendrá acertada respuesta.

Y no sólo su saber sino también su alegría de vivir se manifiestan cuando evoca romances, corridos y un sin-fín de anécdotas y acontecimientos tocantes a lo que ha sido la creación literaria en nuestra lengua. A punto está de aparecer con pie de imprenta de esta Universidad, como la mayor parte de sus libros, uno que versa sobre nada menos que las fiestas y saraos que se celebraban en México a partir de su Independencia hasta los tiempos de la Revolución de 1910. El título de la obra, que puedo pronosticarle será un deleite leer, es *Invitación al baile. Arte, espectáculo y rito de la sociedad mexicana, 1825-1910*. Y en tanto que aparece esta obra, que nos ayudará a despejar mil canas, podemos contentarnos con esa otra, llena de chispa, en que asimismo se refleja el gozo de quienes sabían disfrutar de la vida. Me refiero a su libro sobre *Los cafés de México en el siglo XIX*. Tan buena acogida ha tenido que en poco tiempo ha sido objeto de un par de ediciones.

Y si se trata de disfrutar de muy provechosa lectura para enterarse de muchas cosas, otra aportación nos ha hecho Clementina. Me refiero a su magna obra titulada *Los veneros de la ciencia mexicana. Crónica del Real Seminario de Minería (1792-1892)*, en tres gruesos volúmenes publicados por la Facultad de Ingeniería de nuestra Universidad en 1998. Allí, a la par que describe los proyectos y los logros de los maestros de la ciencia y la tecnología en México, evoca también las fiestas que celebraban ellos, sus discípulos y sus muchos invitados.

Su alegría de vivir la comunica así doña Clemen a cuantos a ella se acercan. Mucho sabe del arte gastronómico, sobre el que también ha escrito, y por igual lo disfruta con ricos platillos rociados con generosos vinos con los que agasaja a sus invitados.

Pienso que, tanto por sus merecimientos académicos como por su personalidad abierta y siempre dispuesta a oír y a ayudar, doña Clemen es querida y admirada. Todo esto ayuda a comprender por qué ha sido elegida para participar en las tareas de instituciones señeras en nuestro mundo cultural. A dos de éstas aludiré. Una es la Academia Mexicana de Historia, en la que ha sido la primera mujer en ingresar. La otra es la Academia Mexicana de la Lengua, allí comparte cuanto ha investigado en torno a nuestra lengua a partir de sus romances hasta llegar a los tiempos de Manuel Gutiérrez Nájera. De él conversamos muchas veces pues Gutiérrez Nájera fue primo hermano de mi abuela materna y acerca de él conservamos testimonios en la familia.

Y creo que es éste un buen momento para explayarme un poco en nuestra relación personal —la de Ascensión, mi esposa, y la mía— con doña Clemen. Esta relación ha perdurado y se ha incrementado a lo largo de varias décadas. Incontables veces nos hemos visto, oído y consultado. Y también con frecuencia hemos comido juntos, bien sea en nuestras respectivas casas o en viajes

y recorridos dentro y fuera de México. Recordaré aquí un viaje inolvidable que hicimos a lo largo de nuestra California mexicana y esos otros acompañados de amigos y colegas como Justino Fernández, Paco de la Maza, Elisa García Barragán y otros varios más.

Momentos inolvidables han sido esas experiencias entre las cuales sobresale la estancia de doña Clemen con nosotros en Cuernavaca por cerca de tres meses. Vivía ella un momento en verdad difícil y aceptó gustosa la invitación de pasar algún tiempo a nuestro lado. Doña Clemen había sufrido la muerte del hombre que tanto quiso, el doctor Joseph D. Berke, odontólogo distinguido y persona muy afable, afincado en México. Prueba indubitable de su venturosa unión con él la dan los hijos de éste que la buscan, la visitan y con frecuencia viajan con ella.

Ya sólo diré, con el cariño y la admiración que te tengo, querida doña Clemen que quiero desearte todo lo mejor: que vivas muchos años más, que goces de tu vida con salud, para el bien tuyo, el de esta *alma mater*, que es la nuestra, y el de México, que tanto has amado y por el cual has vivido y trabajado.

